



---

## Contemplación: mirar y vivir en el mundo desde Dios

Fray Jesús Espeja Pardo, OP

### Esquema:

#### 0. Introducción

#### 1. Para ir desbrozando el terreno

##### 1.1. Las dificultades de un orante

##### 1.2. El cuestionamiento contemporáneo de la contemplación

#### 2. Jesucristo, referencia ineludible en nuestra crisis

##### 2.1. Una crisis purificadora

##### 2.2. Memoria de Jesús y contemplación

#### 3. Orar y ejercitar la fe

##### 3.1. Ejercitando la fe en una historia concreta

##### 3.2. Lo concreto de mi historia como creyente

#### 4. Historia y presente de nuestra tradición: *contemplata aliis tradere*

#### 5. Algunas aplicaciones

##### 5.1. Para superar dualismos: *hacer siendo*

##### 5.2. Contemplativos en la predicación

##### 5.3. Sin límites de jubilación

##### 5.4. Para procesar los conflictos

#### 6. Concluyendo: dos sugerencias para la reflexión

#### 7. Bibliografía

#### 8. Cuestiones para el diálogo



## 0. Introducción

Nos ha tocado vivir un tiempo en que los seres humanos dejan de mirar al cielo y se curvan sobre la tierra; en ella encuentran sustento y en el acceso a una vida más placentera ponen todos sus empeños. La utilidad es el baremo de sus empresas y la garantía de sus progresos. Prevalecen las lecturas las lecturas planas de la realidad, Dios queda cada vez más como hipótesis inútil, y con frecuencia los seres humanos se instalan en la superficialidad. Y sin embargo, en ese horizonte alicorto, puja de modo confuso una insatisfacción, una demanda no muy definida de más humanidad, como un rumor de ángeles que sugiere la existencia de otra dimensión. En ese brote inconformidad y en ese anhelo de penetrar la cáscara de las personas y de los acontecimientos para descubrir algo permanente y absoluto que barruntamos, se sitúa lo que podríamos llamar talante contemplativo.

## 1. Para ir desbrozando el terreno

Al menos en mi noviciado el P. Maestro insistía mucho en la oración. Para responder a esa necesidad tan importante, además del oficio litúrgico solemne, rezábamos lo que se llamaba “oficio parvo”; además cada uno por su cuenta tenía que garantizar sus ratos de oración privada. En esa preocupación me ayudaron “Oración y meditación” de fray Luis de Granada y alguna sobras del P. Arintero. En aquellas fechas no distinguía bien oración y contemplación, entre otras cosas porque la palabra contemplación se refería también a un grado muy elevado de oración o trato de amistad con Dios; además entendía que para orar bien era necesario dejar a un lado afectos y preocupaciones en que se va tejiendo la existencia humana.

### 1.1. Las dificultades de un orante

Aunque algunas veces lo intenté, me resultaba muy difícil, por no decir imposible, abstraer de mi vida cotidiana, con sus alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, para entrar en esa relación especial con Dios que llamamos oración. Después he comprendido que puede haber un equívoco, y hasta un engaño, en la pretensión de olvidar y dejar a un lado los acontecimientos de la vida para orar debidamente. Llamados a ser más de lo que somos, y experimentando continuamente los golpes sordos de nuestras muchas limitaciones, los humanos fácilmente soñamos con un mundo superior a éste donde vivimos, por encima y al margen de ruidos, problemas y conflictos que ahora nos aquejan; la contemplación sería una forma de huir a ese otro mundo soñado y refugiarnos ahí, dejando a un lado esa realidad, tan compleja y a veces tan dura, de cada día.



## 1.2. El cuestionamiento contemporáneo de la contemplación

Por el otro extremo, frecuentemente hoy en la mentalidad de muchos tiene prioridad el principio de rendimiento. Hebert Maruse analizó este fenómeno en su libro *El hombre unidimensional* y Eladio Chavarri ha descrito muy bien el modelo de hombre productor y consumidor. Hasta lo mismos religiosos hemos aceptado este principio de rendimiento, programamos nuestra existencia por el trabajo que debemos realizar y medimos el valor de la misma por la eficacia en nuestras gestiones. En esa mentalidad ¿qué sentido puede tener la contemplación?

## 2. Jesucristo, referencia ineludible en nuestra crisis

En las últimas décadas los orantes sufre una crisis, debida en buena parte al cambio cultural que con distinta versión, a todo el mundo afecta. Todavía recuerdo una canción que, a mediados del siglo pasado, reflejaba la situación en los pueblos latinoamericanos que tomaban conciencia de su opresión injusta y clamaban por derecho a ser ellos mismos: “no, no basta rezar; hace falta muchas cosas para conseguir la paz”; el compromiso por la liberación desplazó a segundo plano a la oración y actos religiosos para gustar y expresar la cercanía de Dios. En los países europeos, entre los que se cuenta la sociedad española, la crisis vino por ese complejo fenómeno que llamamos secularización: los hombres buscan emancipación de todo lo religioso, se curvan sobre la tierra y, convencidos de que tienen en su manos el poder para dominar las situaciones, no ven sentido a la oración; unos la dejan como inservible mientras otros dicen que hoy la oración es el encuentro con el otro.

### 2.1. Una crisis purificadora

Estas reacciones tienen su lado positivo. La oración que significa huida del compromiso responsable por erradicar la pobreza y la injusticia del mundo, no es verdadera. Cuando esa oración no expresa y promueve un encuentro en profundidad con el hermano, tampoco tiene garantía de verdad. Pero como, por otra parte, sigue pujando en los seres humanos esa otra dimensión de trascendencia que les constituye, también durante los últimos años vienen surgiendo movimientos y grupos celosos de recuperar la oración. La preocupación es normal, con tal de que busquemos los caminos adecuados para la renovación. Porque algunos cristianos, a la hora de recuperar el espíritu de oración, acuden a visiones, métodos y gurús venidos de oriente. No tengo nada contra ese recurso, Dios se revela de algún modo a todos los seres humanos y en todas las culturas; es necesario leer los signos de su presencia y escuchar su voz. Pero, si queremos renovar la oración “cristiana”, la referencia decisiva es Jesús de Nazaret.



## 2.2. Memoria de Jesús y contemplación

Aquel judío, que vivió hace dos mil años en Palestina, y a quien nosotros confesamos Hijo de Dios, gustó la intimidad única con el Padre, cuya presencia de amor descubrió en todas las personas, en todos los acontecimientos y a pesar de todo. Nunca se quedó en la superficie, siempre miró con los ojos del corazón; fue un contemplativo. Pero ni se retiró al desierto ni a un monasterio. fue contemplativo sobre la realidad; descubrió y gustó la cercanía de Dios en los ruidos del mundo y en trajín de cada día: en los lirios del campo y en las insignificantes aves que cruzan los espacios, en los enfermos y en los pobres, incluso en los acontecimientos oscuros de injusticia y de muerte cuando Dios guarda silencio.

Tampoco fue fácil para Jesús mantener esta confianza incondicional: también le asaltaron el cansancio, la tentación y el desánimo. Y para mantener ese clima contemplativo, haciendo que su alimento, la inspiración y el sustento de su vida fueran la voluntad del Padre, “solía retirarse a despoblado para orar”. Eran momentos fuertes donde se abría incondicionalmente a la escucha de Dios, dejaba que la luz del Espíritu inundará el espesor de la vida con sus promesas, alegrías y tristezas, logros y fracasos.

Nada tiene de extraño que Jesús orase de modo especial en momentos de crisis, cuando la superficialidad y la instalación amenazaban el talante contemplativo, la mirada de todo y sobre todo desde Dios. Según los evangelios, Jesús oró en su bautismo; tenía que discernir el camino de su mesianismo. También oró al sentirse fracasado porque las autoridades religiosas judías rechazaban su mensaje y la gente del pueblo lo malinterpretaban. Y oró insistentemente cuando llegó la crisis final: ¿por qué debía morir siendo inocente? ¿por qué le cortaban la trama de la existencia profética a favor de su querido pueblo? Esa oración animó su clima contemplativo, su confianza en el Padre: “gracias al Espíritu eterno se ofreció a sí mismo como sacrificio sin defecto”.

La contemplación cristiana no es huída de este mundo. Es más bien mirada en profundidad sobre las realidades y personas en cuya relación se va tejiendo nuestra existencia. Calando primero, en un viaje de ida, las apariencias o primeras impresiones, para encontrar en el fondo de esas realidades los ojos de Dios que, sin odiar nada de lo creado, a todo mira con esperanza. Ese encuentro con la verdad más profunda y auténtica de las personas y de los acontecimientos –“en él existimos, nos movemos y actuamos”, “el da vida y aliento a todo- se llama contemplación cristiana. Ella nos permite mirar y amar desde el verdadero Centro que es Dios mismo.



## 3. Orar y ejercitar la fe

La carta a los Hebreos recomienda que avancemos por la vida mirando a Jesucristo “iniciador y consumidor de la fe”. Una invitación a que caminemos con espíritu contemplativo, descubriendo en todas las cosas a Dios amándolas. Entenderemos esto si damos al término fe su verdadero contenido teológico.

### 3.1. Ejercitando la fe en una historia concreta

La fe no existe ni funciona en abstracto. Más bien hay creyentes, cada uno con su singularidad porque singular es también la historia en que la fe va tomando cuerpo. En nuestra formación escolástica, tuvo gran relieve la mediación conceptual; esta fue importante y, bien utilizada, es muy útil para distinguir y precisar en cualquier debate. Pero resulta nefasta cuando se toma como fin olvidando la experiencia cristiana y personal hacia la que apuntan conceptos y formulaciones. A lo largo de nuestra vida cristiana como dominicos, cada uno hemos vivido nuestra fe como aventura en evolución al ritmo de nuestra historia. Sin pretender que sea la ejemplar, ahora sólo puedo, como aproximación, decir algo sobre mi recorrido que ha tenido distintas etapas.

### 3.2. Lo concreto de mi historia como creyente

Nacido en una familia sencilla y tradicionalmente cristiana, recibí la fe como aceptación de verdades que mis padres y el catecismo me enseñaron. Eran creencias no discutibles y cuya explicación competía sólo a “los doctores de la santa madre Iglesia”.

Una herencia que debía entrar en el dinamismo mi existencia personal, donde me tocaba ser agente principal y último responsable. Cuando estudié teología, ya me chocó gratamente que Tomás de Aquino hiciera entrar en el acto de fe no sólo la inteligencia sino también la voluntad; creer es un acto complejo que de algún modo dinamiza y compromete a toda la persona humana. Fui descubriendo después que la fe, más que aceptación intelectual de verdades sobrenaturales formuladas por una autoridad divina, es encuentro personal con Alguien que se ha revelado en Jesucristo como Amor incondicional y encarnado. Esta epifanía se concretó en dos vertientes. Descubrí que la contemplación y la oración conllevan una dimensión afectiva; el encuentro y el diálogo amistoso con Alguien que me ama incondicionalmente sólo prosperan en un clima de amor. Y el descubrimiento se cifró en una segunda vertiente. Mi compasión espontánea viendo las carencias y la humillación de los pobres, encontró eco en el evangelio: “tuve hambre y me diste de comer”. Caí en la cuenta de que ese Alguien, con el que me encuentro y dialogo gracias a la fe, es compasivo, que no sabe más que amar, y cuya mirada te hace mirar con amor samaritano a los más desvalido e indefensos. Mi fe se convirtió así en un imperativo de justicia; en una llamada para salir de la propia tierra, y abandonar cualquier instalación, siguiendo la mirada de Aquel que se ha revelado en Jesucristo como “un Dios de los hombres”. En la vida religiosa dominicana me



ha costado poco ser rico, tener cosas que no tuve y que tal vez nunca hubiera tenido fuera; me cuesta más hacerme pobre que sin embargo pertenece a la esencia misma de mi fe cristiana.

Ya en las últimas décadas, sobre todo en el segundo periodo postconciliar, sufrí la crisis al ver cómo los reclamos de libertad y autonomía que pide la sociedad española, generan cada vez más el abandono de todo lo que signifique Dios y su mediación que ha sido la religión cristiana. Los cinco años pasados en la sociedad cubana, oficialmente marxista y hambrienta de humanismo, han agudizado más en mí esa crisis y los interrogantes. No es ahora cuestión de buscar culpables de este divorcio entre cultura y cristianismo; tan nefasta es la curvación del ser humano sobre sí mismo como la ceguera e instalación de muchos cristianos, incluidos miembros de la jerarquía eclesiástica, pegados a lo viejo que debe morir e incapaces de abrirse a lo nuevo que quiere nacer. El caso es que nos encontramos con una indiferencia religiosa generalizada, un eclipse de Dios, un serio interrogante para la fe cristiana. Y esta situación inesperada me ha hecho dar un paso más en la forma de vivir mi fe cristiana. Se trata de vislumbrar y gustar la presencia de Dios, siempre mayor y encarnado: en la cotidianidad de la existencia; en los anhelos de libertad y felicidad que respiran los seres humanos; en la insatisfacción del bienestar logrado; en su reacción contra tanto deterioro humano. Vivir la fe cristiana en esta situación es dilatar las pupilas, ampliar la mirada para descubrir esa trascendencia y acción permanente del Dios “que a todo da vida y aliento”, en mi propia interioridad, en el clamor de los otros por ser ellos mismos, en tantos vacíos y futuros de inseguridad que sin embargo ya están habitados por el amor y por la gracia. Si el Verbo se ha hecho carne, la humanidad y todos los acontecimientos históricos están habitados por la Palabra que podemos escuchar en todas las circunstancias y a pesar de todo. Desde su omnipresencia en nuestro camino, esa Palabra abre los ojos de nuestro corazón para descubrir y gustar el amor de Dios que sale a nuestro encuentro. A eso llamamos contemplación cristiana

Después de tantos ensayos por comprometerme con la transformación de este mundo desde los pobres, de tantos empeños por superar situaciones de injusticia, de tantos fracasos por no lograr el objetivo deseado, voy entendiendo que necesitamos una cura de activismo, recuperar el sosiego de la fe cristiana, cuyo ejercicio existencial llamamos contemplación. Es ahora, en esa vocación de relacionarme con los seres humanos y por vivir todos los acontecimientos en profundidad teologal, donde tiene sentido y experimento como necesaria la oración. Orar es un signo personal y social de una dimensión esencial a la vida humana: la trascendencia en lo inmanente y pasajero. La oración es el lugar donde recupero la verdad más auténtica de los otros, de la realidad histórica y de mi propia existencia.



---

## 4. Historia y presente de nuestra tradición: "contemplata aliis tradere"

Todavía cuando puedo, camino a pie los pocos kilómetros que hay de mi pueblo a Caleruega. Contemplando el horizonte amplio y la tierra rojiza por la que voy andando, recuerdo la figura de Domingo que, como predicador itinerante, ve de una ciudad a otra como el hombre que, movido por el Espíritu, habla siempre de Dios y con Dios. Los dominicos tenemos como lema "contemplata aliis tradere", literalmente "dar a los demás lo contemplado". Y a veces se da una interpretación: primero hay que llenar bien el vaso para dar de beber a los otros; como si tratara de dos momentos; hay que almacenar muchos conocimientos para después impartirlos.

Pero originariamente la interpretación es más profunda e integral: el dominico debe actuar siempre en clima contemplativo, no sólo cuando celebra con sus hermanos la liturgia, sino también cuando ejerce para los hombres el ministerio de la predicación.

El convento -"la santa predicación" es "cella veritatis", el espacio donde cada religioso, respirando un clima contemplativo, vive su propia verdad y la verdad de los otros; todos son imagen de Dios; consiguientemente deben caer los ídolos o feros absolutos con los que cada uno pretende suplantar a la divinidad; por su condición de imagen, queda garantizada la dignidad de cada hermano, cuyos derechos humanos tienen algo de divino. Y ese mismo clima contemplativo debe ser ambiente y mensaje de toda predicación dominicana.

## 5. Algunas aplicaciones

Si ponemos en una balanza de un lado los sufrimientos y de otro los momentos de felicidad, a simple mirada pesan más los sufrimientos; sin embargo creo que nos espera una inmensa ternura que de algún modo ya envuelve a todo. No sé dónde leí ni de quién este pensamiento, pero me impactó. Responde a una mirada contemplativa sobre la humanidad y su historia que ha están habitadas y acompañadas por Dios. Esa convicción puede y debe sazonar evangélicamente nuestra existencia dominicana. Me fijo ahora en tres aspectos.

### 5.1. Para superar dualismos: hacer siendo

Alguno dirá que esta expresión es una perogrullada; si el actuar sigue al ser, nadie puede actuar si antes no existe. Ya pasando de un discurso lógico al ámbito existencial, quiero decir: antes y más prioritario es ser que hacer; la calidad de vida se transparenta y toma cuerpo en la acción.



He dicho que nuestra cultura está polarizada por el principio y la obsesión de rendimiento; se valora el trabajo productivo. Hasta considerar como extraño, si no inmoral, saborear y celebrar la belleza de la creación, y la misma existencia humana con tantas satisfacciones que entraña. En esta visión no puede tener sentido la vida contemplativa en un monasterio que tiene como principal objetivo la búsqueda y la relación filial con Dios y la relación fraterna con los otros seres humanos. Por lo mismo no siquiera tendría sentido la vida religiosa que se define como apasionamiento por la dimensión trascendente y por “dejarlo todo” para dar prioridad al único absoluto: Dios y su proyecto de nueva humanidad.

Sin embargo el principio del rendimiento y de la eficacia, que desfigura hoy a nuestra cultura, también se infiltra en nuestra vida religiosa. Nos obsesiona el hacer cosas, y no es raro que midamos nuestra eficacia por los resultados inmediatos e incluso por la rentabilidad económica. Personalmente fui formado en la preocupación por el estudio y mi larga vida como profesor de teología ha procedido marcada por preparar bien los cursos, elaborar conferencias y redactar publicaciones. Todo eso ha entrado en mi proyecto vocacional, pero reconozco que muchas veces este hacer ha prevalecido sobre el ser; no he dejado espacio suficiente para lo espontáneo y lo gratuito, para la relación con las otras personas, viviendo sin más con ellas, amándolas y dejándome amar por ellas. Una vez, siendo joven profesor en Salamanca, me lamentaba con el P. Armando Bandera de que algunas visitas no me dejaban tiempo para estudiar, y aquel hombre de Dios me comentó: “antes son las personas que las cosas”. Al menos en la intención general, siempre consideré que mi estudio es para servir a los seres humanos; pero también aquí, a nada que te descuides, lo que es simple medio puede ocupar el lugar del fin, y el rendimiento puede postergar al ser de la persona humana que significa relación con los demás. La existencia humana realizada en comunión con Dios que sólo sabe amar gratuitamente a todos, siempre fructifica en “pro-existencia”, una existencia para los demás.

## 5.2. Contemplativos en la predicación

La vocación del predicador dominico tiene como inspiración y garantía de permanencia el amor al otro sin reservas; cosa no sólo encuentra fundamento sólido y último cuando en el ser humano descubrimos la presencia del Otro, siempre mayor en su misma cercanía benevolente. Descubrimiento que hacemos gracias a la fe o mirada contemplativa. Ella nos permite ser nosotros mismos, vivir nuestra verdad, y descubrir algo absoluto en el otro que no es irreverentemente manipulable por nosotros. Esa mirada del corazón, purificada del ansia posesiva, es fuente limpia para nuestras relaciones con los otros cuando les entregamos la Palabra de Dios en palabra de hombre. La predicación dominicana es ante todo y finalmente la expresión de un amor “re-creativo”, el testimonio del Creador que ama sin nada pedir a cambio.





En los últimos años se viene hablando de “contemplativos horizontales”, “contemplativos en la acción”. Estas y otras expresiones parecidas apuntan en buena dirección: la contemplación cristiana no alimenta ninguna evasión espiritualista, es posible descubrir la presencia de Dios en los avatares de nuestra historia, y la dimensión contemplativa no es más que el ejercicio de la fe, una experiencia común a todos los cristianos. Cualquiera de ellos, sin la necesidad de hacerse monje, puede y debe vivir la dimensión contemplativa en todas sus actividades. Domingo de Guzmán fue contemplativo en la predicación y los dominicos debemos re-crear hoy ese carisma. El Maestro de la Orden Vincent de Cuesnongle comentaba: “la contemplación no debe sólo preceder a la predicación; el nuncio del mensaje vivifica y enriquece, si sabemos estar atentos, nuestra relación vivida con Dios ¡dichosos los que en la Orden tienen la misión de predicar la fe!; puede resultarle más fácil que a otros ser verdaderos contemplativos según Santo Domingo”.

### 5.3. Sin límites de jubilación

Al menos en la provincia de España somos ya muchos los que vamos entrando “en la vejez y en las canas”. Entre ello me incluyo. Hasta ahora he tenido muchas cosas entre manos; siempre con nuevos proyectos y tareas; más aún durante los últimos los pasados en Cuba; pienso que para un dominico no hay jubilación entendida como cese voluntario en la predicación. Sin embargo, tal vez porque ya estoy tejiendo la última etapa de la vida, es inevitable discernir cuál es el valor permanente que puede dar sentido a mi existencia como dominico “hasta un cuarto de hora después de muerto”.

Otra vez aquí Jesús de Nazaret, que plasmó en su conducta la figura ideal de contemplación cristiana, es referencia saludable. Leyendo los evangelios se perciben muy bien dos etapas en su vida pública. En la primera respiraba optimismo, proclamó con alegría la llegada del reino, hizo signos anticipadores de la liberación que llegaba como don gratuito de Dios, y puso al servicio de esa causa su inteligencia y su voluntad, sus palabras y sus gestos. Pero llegó una segunda etapa de incompreensión y fracaso; era inútil seguir hablando y haciendo signos; pero, apasionado por llevar a cabo el proyecto de Dios a favor de la humanidad, aquel hombre entregó la propia vida, convencido de que todo lo que se hace con amor no cae ya en el vacío porque, ocurra lo que ocurra sosteniendo y dando sentido a la realidad está el ¡Abbá!, el amor gratuito de Dios en quien siempre se puede confiar. A todos, con más menos furia nos llega también esta segunda etapa de la vida, cuando nuestras facultades se atrofian, pronunciamos torpemente las palabras y nos van faltando las fuerzas. Es el tiempo en que, mirando a Jesús de Nazaret, podemos entregar lo más íntimo y valioso para nosotros: la propia vida. No haciendo muchas cosas sino viviendo una sola: esa cercanía benevolente de Dios en quien nos sentimos amados y esperanzados, sembrando amor y esperanza en los demás.



Últimamente una y otra vez me rondan esas frases lapidarias: “el amor nunca muere”; “en la tarde de la vida te examinarán del amor”. Alguien dijo que nacemos viejos; de niños el narcisismo nos acompaña y en la madurez el hacer cosas nos obsesiona. Pero los muchos años de existencia nos permiten ver el límite de todo lo perfecto, incluidas nuestras hazañas más gloriosas y vivir con intensidad aquello que, con palabras y gestos, quisimos transmitir en nuestra predicación: Dios nos ama, no sabe más que amar y siempre nos mira con esperanza. Una etapa que, habiendo visto ya el límite de lo perfecto en las múltiples actividades a lo largo de la vida, podemos relativizar el hacer, para dar prioridad al ser; nuestra vida tiene valor no por lo que hacemos o rendimos, sino por lo que somos: hijos de Dios y hermanos de todos. La invitación a “ser perfectos como el Padre”, según el evangelista Lucas, significa ser misericordiosos: vivir amando, confiando, comprendiendo, y sembrando esperanza en los que nos rodean. Somos predicadores no desde los púlpitos o cátedras, nos por la calidad de nuestras conferencias ni por nuestras muchas actividades misioneras; sino por nuestro ser, por nuestra forma de relacionarnos y ser para los demás. Y aquí no cabe jubilación para un dominico.

## 5.4. Para procesar los conflictos

El profeta Isaías sueña con ese mundo mesiánico de paz y concordia, donde pueden habitar todos los vivientes en armonía gozosa; y con este sueño nació la Iglesia. Pero ya cada uno llevamos dentro la tensión conflictiva que inevitablemente aflora en nuestra relación con los otros. Tampoco los religiosos en nuestra vocación comunitaria estamos exentos de la conflictividad; diría incluso que, precisamente por nuestra forma comunitaria de organizar la vida, los conflictos son más ineludibles. No debería extrañarnos, ya que la vida de Jesús, manso y humilde de corazón, sufrió la oposición que le llevó al martirio.

Ya en nuestra vida de comunidad a menudo encubrimos los conflictos porque su enfrentamiento nos da miedo; preferimos ignorar al que no piensa como nosotros y, si tenemos que convivir con él, hacer un pacto de mutua seguridad. Pero a veces intentamos superar los conflictos, eliminando al opositor; rediciéndole hasta que piense como nosotros, o descalificándole para que su punto de vista no tenga crédito; no aceptamos que sea él mismo, diferente, con su propia visión de las cosas. En el fondo negamos la irrupción de Dios en el otro que es su imagen, y a la vez nosotros pretendemos ser tan absolutos como Dios.

Cuando actuamos así, nos falta una mirada desde la fe, una mirada contemplativa para descubrir la verdad del ser humano y la verdad de Dios. Todos los seres humanos, como imagen del Creador, son portadores de su verdad; no hay que tolerarlos sino acogerlos con amor y gratitud. Con el mismo derecho que defendiendo mis propias convicciones, tengo que apoyar el derecho de otro a ser diferente, pensar y decidir por su cuenta. Sólo así puede irrumpir Dios encarnado en nuestra vida. Sin un talante contemplativo no es posible llevar a cabo el proyecto de vida comunitaria. En la oración recobramos ese



talante procesamos evangélicamente los conflictos que , lejos de aminorar, pueden ser momentos de gracia para la vida cristiana.

## 6. Concluyendo: Dos sugerencias para la reflexión

1) Nos toca vivir en una sociedad marcada por el individualismo. Cada vez nos cuesta más salir de la propia tierra, trascender, ir hacia el otro, tal vez porque tampoco vemos en él nada trascendente. Si el que no ama permanece en la muerte, nuestra sociedad tiene una enfermedad muy grave que fácilmente contagia también a los religiosos. También nosotros perdemos la dimensión trascendente, nos falta una mirada contemplativa y nos quedamos en la superficialidad. Cada uno se considera centro absoluto, se curva en su concentración egoísta, ya no es posible un auténtico diálogo, el escepticismo nos invade y nuestra vida pierde significatividad evangélica. La contemplación es mirar en el mundo desde Dios encarnado, como el único Centro

2) Después de redactar estas notas, celebro con los hermanos dominicos de Valladolid la fiesta de Santo Domingo. Ha sido muy sugerente la homilía de Fr Jesús María Palomares, recordando la figura de Domingo tal como la percibieron los primeros dominicos: era “hombre evangélico, compasivo y esperanzado”. Porque vivió intensamente la buena noticia de Jesucristo, nada humano le fue ajeno, actuó movido a compasión y miró siempre al porvenir confiadamente. Son aspectos que se postulan, se completan y se articulan en esa clima de contemplación cristiana, donde los dominicos encontramos nuestra identidad. Según Vincent de Cuesnongle, “para predicar debemos poseer una doble contemplación: *la contemplación de la calle*, que nos hace entrar en comunión con la mirada siempre actual de Cristo que tiene compasión de la multitud, y *la contemplación de Jesús* en el misterio de su amor; pero ¿sabemos pasar de una a la otra?; o más bien ¿sabemos hacer esa doble contemplación una sola y misma mirada? ¿cuántos entre nosotros saben *rezar su periódico?*”. Hay un cuadro donde Santo Domingo abraza con intenso amor al crucifijo. En el carisma dominicano la contemplación es el abrazo de la encarnación continuada de un Dios que ama siempre a todos hasta escándalo y locura en la cruz. Un Dios siempre mayor en su misma cercanía entrañable, que se revela en la historia de los hombres.

## 7. Bibliografía

- CUESNONGLE, Fr Vicent de, *Dimensión contemplativa de nuestra vida dominicana*, en A. FERNÁNDEZ, V. DE COUESNONGLE, D. BYRNE Y T. RADCLIFFE, *Alabar-Bendecir-Predicar. Palabras de Gracia y Verdad (1962-2001)*. Salamanca, San Esteban, 2004.pp. 124-142



- RADCLIFFE, Fr. Timothy *Una vida contemplativa*, en la misma obra colectiva antes citada, pp. 512-516.

## 8. Cuestiones para el diálogo comunitario

- ¿Qué entendemos por contemplación teniendo en cuenta nuestra tradición y las circunstancias actuales de nuestra vida en esta cultura?
- 2) ¿Qué relación advertimos entre contemplación y predicación en las circunstancias actuales?
- 3) ¿Qué condiciones os parecen necesarias para poder vivir hoy la contemplación dominicana?
- 4) ¿Qué implicaciones advertís en el componente contemplativo de nuestra vida y predicación para el proyecto comunitario de frailes predicadores?